

# SEXO, POLÍTICA Y EL ARTE DE EDWARD HOPPER

GAIL LEVIN, 2012.

TRADUCCIÓN: DISCOBOLE

Cabe preguntarse si será evidente para los espectadores españoles la respuesta específica de Edward Hopper al sexo en la ciudad, filtrada a través de la lente del puritanismo estadounidense, cuando el Museo Thyssen prepare una muestra de sus pinturas realistas. Los encuentros sexualmente sugestivos y los momentos potencialmente eróticos fascinaban a Hopper, pintor nacido en 1882 en Nyack, un pequeño pueblo conservador a orillas del Hudson, río arriba de Nueva York. Durante toda su vida fue un conservador provinciano, pese a vivir en el Greenwich Village de Nueva York, barrio famoso por el gran número de artistas que se instalaban ahí y por su cultura bohemia.

La fascinación de Hopper por la sexualidad urbana pronto se tradujo, de manera casi monumental, en la imagen de una mujer amenazante en un café parisino en el crepúsculo. La viuda de Hopper, la artista Josephine Nivison Hopper, cedió el cuadro –enrollado y sin nombre, en el legado de su patrimonio artístico– al Whitney Museum of American Art. Cuando empecé a ordenar dicho legado, pude demostrar que era el que se había registrado como *Soir Bleu*, presentado por primera vez en 1915. Expresa la fascinación por el París prohibido que descubrió un joven tímido y bastante inocente durante su primer viaje –el más largo que realizó– desde octubre de 1906 hasta julio de 1907.

El único dibujo que sobrevivió, un esbozo del hombre a la izquierda del cuadro, lleva por título *Un maquereau*, literalmente “un macarra”, que es el mismo término del argot francés para “proxeneta” que Picasso utilizó en un esbozo en 1903. Sin duda, la mujer eruida con el rostro excesivamente maquillado es una prostituta en busca de un cliente –que puede ser el soldado, el payaso o el artista con la boina– en las mesas de la calle. Además de la fascinación personal de Hopper por París, *Soir Bleu* revela su atención a la controversia pública que se había desencadenado en aquel entonces en Nueva York. El término *French maquereaux* era muy conocido. Tan solo en Nueva York se decía que los franceses operaban a la fuerza. El reverendo Ernest A. Bell, en su libro de 1911 titulado *Fighting the Traffic in Young Girls or War on the White Slave Trade*, afirmaba que se sabía de unos cuatrocientos “*French maquereaux* que tenían mujeres en casas”, que muchas de las casas “se regentaban como salones de masajes” y que “muchas de las mujeres en esas casas eran francesas”. Las revistas populares de escándalos y el mundo del teatro se hicieron eco de ello y, por ejemplo, *Little Lost Sister* atrajo a multitudes en 1913. La le-

